

2.12. El P. Kentenich como educador **(Texto de contenido autobiográfico)**

Texto tomado de: Plática con ocasión de sus bodas de plata sacerdotales, el 11 de agosto de 1935, primera parte

Hace entre ocho y catorce días, cuando se hizo circular por las distintas regiones la invitación a esta celebración jubilar, corrió un rumor por las filas de nuestros viejos guerreros, nuestros viejos congregantes, que han trabajado en común conmigo desde el principio: “¿Cómo? ¿Es que suceden aún signos y milagros? ¿Es posible? ¿Cómo han logrado, allá en Schoenstatt, organizar una celebración?” Y cuando algunos de los más viejos llegaron a Schoenstatt, la primera pregunta fue, desde luego: “¿Cómo ha sido posible?” La respuesta que recibieron fue: “Porque sirve a la causa, por eso ha aceptado”.

No sé si ése era el motivo último por el cual no sólo permití la celebración sino que la deseé también vivamente. La ruda expresión que suelo repetir tan a menudo es verdad: “Donde estoy, allí muero”. O la expresión: “El abanderado no es nada, la bandera lo es todo”. Si esas frases valen para ustedes, valen también para mí. Hemos de servir a la causa; la persona debe estar en segundo plano y entregar de sí lo que la causa exija.

Sé y he experimentado también cómo nuestra celebración familiar ha estrechado más, en torno a nosotros, los lazos familiares y cómo se ha fortalecido la fidelidad a nuestra causa común, a nuestra Madre tres veces Admirable, así como también la mutua fidelidad entre nosotros. ¿Sospecharemos acaso que, hoy en día, el deber de esta profunda comunidad se hace más necesario que nunca, puesto que las circunstancias del tiempo separan muy fuertemente a los personas unos de otros, y puesto que, presumiblemente, el futuro,

difícil y cubierto de negros nubarrones, hará con el tiempo refulgir rayos desde su seno? Podrá ser que vengan tiempos difíciles. Y es verdad que, cuanto más difíciles son los tiempos, tanto más estrechamente debemos unirnos como una única gran familia llamada por Dios, a fin de consumirnos en tiempos duros por la Iglesia de Dios, por el reino de la Santísima Virgen. Todo eso es verdad, pero no fue el motivo último y más profundo para decir un sí alegre a esta celebración y desear que se realizara.

Hace un momento, se ha dicho, de forma jocosa, lo que en realidad me mueve a mí personalmente. Es verdad: propiamente, soy yo el que celebra con ustedes su jubileo. Pienso en todos aquellos que han trabajado en común conmigo en el curso de los últimos veinticinco años. Así es: los he invitado a celebrar conmigo su jubileo. ¿No es acaso así? Lo que Dios, en su grandeza, ha previsto desde la eternidad se ha hecho realidad con el tiempo. No sé si existe en la actualidad otra comunidad cuyos portadores principales estén tan directamente unidos al destino del jefe de la Familia como es nuestro caso. Y lo que Dios ha unido no debe separarlo el hombre. *Quod Deus iunxit homo non separet.*

¿Pueden entender, por tanto, que todo aquello que ustedes han expresado hoy, como himnos de gratitud, sobre todo acerca de una sencilla fidelidad, pueden entender, digo, que yo acepte, interiormente emocionado, todas esas palabras pero que las derive al destinatario para el que estaban previstas desde el comienzo? Pienso en ella, en nuestra querida Madre tres veces Admirable.

Me preguntarán, tal vez, ¿por qué agradecer? ¿A quién debo agradecer? Agradezco a todos los hijos de Schoenstatt. Agradezco a los difuntos, agradezco a los vivos, agradezco a las generaciones venideras.

1 Agradezco a los difuntos. Con el mismo clima hermoso, en que nos ha puesto esta mañana la celebración festiva, queremos también concluir la. Nuestros difuntos no están muertos, están hoy

entre nosotros. La obra que aquí se ha creado es de igual modo obra de los colaboradores. Soy impensable sin ellos. La obra en su conjunto es inexplicable sin su ayuda y cooperación más personal y profunda. Y eso vale, en primerísimo lugar, acerca de nuestros difuntos.

¿A quiénes me refiero? ¿He de traer a la memoria a los congregantes héroes? No quiero mencionarlos a todos por su nombre, a fin de no ser injusto con ninguno de ellos. Por supuesto, entre nuestros difuntos se cuentan los del reino de nuestras Hermanas. Todas ellas están hoy entre nosotros, y es su obra la que se ha hecho realidad. Y si alguna vez se elevan hacia el cielo himnos de gratitud, no queremos olvidar el destinatario al que deben dirigirse. ¿No dieron acaso nuestros congregantes héroes, nuestras Hermanas difuntas, en ilimitada y desinteresada fidelidad, la médula de su vida por la obra común? ¿No han empapado acaso, muchos de ellos, el suelo de Schoenstatt con su sangre? Y el fruto y la eficacia de su vida santa y de su muerte ofrecida con desinterés, pasa a través de muchas personas. Los difuntos siguen actuando, siguen actuando por medio de su ejemplo heroico, actúan por el hecho de que, en parte, encarnan en sí, de manera heroica, todo aquello que hoy se encuentra como gran idea en el cielo de nuestra vida. Y también esto es lo que esperamos de Dios y lo que recibimos con gran gratitud: ellos siguen actuando a través de su intercesión, en cuanto unen sus manos a las de la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt. Por eso, los himnos de gratitud deben resonar con aún mayor fuerza que hasta el presente.

También queremos y debemos entonar un cántico de gratitud a Vicente Pallotti. También él se cuenta entre los difuntos que tienen aquí en Schoenstatt un derecho de ciudadanía. Él fundó una comunidad en la que se han seguido viviendo, de forma más o menos consciente, las ideas y los fines por cuya realización hemos entregado toda la energía de nuestra vida. A través de su vida de sacrificio, él ha ofrecido muchísimas contribuciones a nuestro ca-

pital de gracias. Ese torrente de bendición sigue actuando también ahora en nuestra Familia.

Por eso, repito: toda la gratitud que ustedes han enviado hoy hacia el cielo la reúno una vez más y quisiera verla orientada hacia la eternidad, hacia aquellos que han muerto por nosotros y que, en la eternidad, siguen viviendo por nosotros.

2. Pero también puedo y debo pronunciar una palabra de agradecimiento a los vivos. Pienso aquí sobre todo en aquellos que han unido el destino de su vida con el mío, a lo largo de los últimos veinticinco años o bien de una parte de los mismos. Permítanme que lo diga una vez más: busquen otra comunidad que, en la actualidad, sea, en igual medida que la nuestra, espíritu del espíritu y carne de la carne de cada uno de sus miembros. ¿O estaré exagerando? ¿Es que estoy recurriendo a un par de maniobras tácticas para sacudirme y trasladar a otra parte todo lo desagradable? No. Mi convicción es que toda la obra que ha surgido es obra de ustedes, del mismo modo que es la mía. No sé por dónde he de comenzar. Como ya la celebración en su conjunto tiene más el carácter de una fiesta de familia, no me tomarán a mal que hable en primera persona, un poco más de lo que suelo hacerlo habitualmente.

Escuchen y comprueben, por favor: piensen en todos los responsables de la Familia, en la generación mayor y en la intermedia, en los sacerdotes diocesanos de Schoenstatt, en las mujeres, en las Hermanas de María. En su mayor parte, tal vez con una única excepción, el destino de todos ellos ha estado unido, durante decenios, a mi propio destino. ¿Estaré en un error si llego, incluso, a declarar que, demostrablemente, su vocación a Schoenstatt está relacionada por completo con un primer encuentro personal conmigo? Les agradecería que sometieran a comprobación esta afirmación, pues me importa mucho que nos sintamos interiormente compenetrados, tal como la Santísima Trinidad lo ha querido desde la eternidad. "*Quod Deus iunxit homo non separet*".

Y la fidelidad recíproca se hará tanto más profunda, tanto más vigorosa, cuanto más claro veamos cómo el buen Dios ha unido, de forma peculiar, estos destinos humanos. Pero ¿dónde y cuándo tienen lugar esos encuentros? Sería una falta de tacto descorrer el velo de cosas tan confidenciales en esta reunión de carácter público. Si pienso en la primera generación, en todos los que actualmente trabajan directamente conmigo, es obvio que su filialidad halló una respuesta en mi vida de varón y que toda su vida ha estado asociada a mi pensar y mi querer.

Si pienso asimismo en la primera generación de nuestros sacerdotes diocesanos de Schoenstatt o en nuestras Hermanas de María, en la mayoría de los casos, sé que la primera toma de conocimiento provino de una jornada o de una conversación personal conmigo. Y creo que podría demostrarles todavía individualmente con detalle que, en ese momento, comenzó a actuar la gracia, se estableció un contacto recíproco y, a partir de entonces, la relación mutua se hizo inmensamente fecunda. Así es, mi querida Familia de Schoenstatt, ese primer contacto se hizo después vivo y eficaz, de una forma peculiar y profunda. Toda la gran obra ante la cual nos encontramos ahora con admiración, ha crecido a partir de ese trabajo consistente, interior, personal y comunitario.

No me tomarán a mal que intente perfilar brevemente la parte que les toca en esta obra. Ante todo, debo admitir que ustedes mismos han tenido una influencia sumamente fuerte en mi propio desarrollo personal. Lo que antes se dijo en tono de chanza, es verdad; y también es verdad lo que, en su momento, afirmó uno de los nuestros (es uno de nuestros cazadores de pláticas, que corre detrás de cada plática y sabe captarlas por todos los medios) cuando, en una ocasión, dije que las pláticas no deberían darse a otras personas: "Todo eso lo sabe sólo a partir de nosotros".

El libro que he leído es el libro del tiempo, el libro de la vida, el libro de su alma religiosa. Si ustedes no me hubiesen abierto tan incondicionalmente su alma, la mayoría de las conquistas espiri-

tuales no se hubiesen descubierto nunca. Eso no puede leerse en libros sino sólo en la vida. Y también tiene razón una de nuestras Hermanas de María que, hace unos días, opinó: “Como dependemos tanto de usted, se han despertado en usted muchas cosas que, de otro modo, no se hubiesen despertado”. Si lo primero se refiere más al conocimiento espiritual, lo segundo se refiere más al desarrollo, más a las capacidades del corazón.

Ayer por la tarde me recordaba uno de nuestros viejos schoenstianos el hecho de que, cuando ellos estaban en la guerra, yo debo de haber tenido ya un corazón cálido. Según él, yo me ocupaba secretamente de todo tipo de pequeñeces, de una protección para la cabeza, de una camiseta, etc. Es verdad: dejé que se despertara en mí mucha calidez de corazón para con nuestros jóvenes de entonces. Pero ese desarrollo prosiguió a través de todas las personas que Dios me regaló y de las exigencias que ellas me pusieron.

Si quieren saber dónde estriba el secreto de una fecundidad casi sobreabundante, puedo decirles que la misma estriba en ese profundo vínculo interior recíproco. Y si antes se preguntó de dónde viene esa riqueza del corazón y del espíritu, puedo decirles que un ser humano que ama, que en última instancia ha depositado su amor en el corazón de Dios, participa en cierta medida de la inmensa riqueza del amor de Dios. Y si hay algo que no empobrece, es el amor, el regalar calidez del corazón. Y ustedes mismos, todos ustedes, que me han colocado exigencias, pueden decirse, sea en voz alta o en silencio que, sin ustedes, yo personalmente no sería lo que hoy soy. Y no deben subestimar este punto en especial, esta serie de ideas en particular. Lo reitero: si quieren saber cuál es la fuente de la riqueza de la mente y del corazón, ahí la tienen. Y yo deseo y pido que el buen Dios otorgue, a las futuras generaciones, tantas oportunidades como he tenido yo de servir en silencio y en segundo plano a las almas. La mayor riqueza refluye hacia aquel que se esmera en colocar toda su energía al servicio de las almas.

Pero eso no es suficiente todavía. Lo que he podido leer en sus almas me indicó, en todos los casos, la dirección para los objetivos parciales que perseguíamos. Un historiógrafo sobrio podrá demostrar, más adelante a través de una investigación crítica, que mi tarea primordial, a lo largo de estos veinticinco años, han sido las grandes metas últimas así como el sostenerlas conscientemente. Pero las diferentes metas parciales que debían realizarse, el sostener, poner de relieve esas metas parciales y la lucha esclarecida por su realización, eso, mi querida Familia de Schoenstatt, es lisa y llanamente impensable sin ustedes. Y aquí comienza, de manera profunda, la vinculación que se establece en el actuar y querer, en el vivir y amar. Tanto viven aún todas esas cosas en mi interior que, en la mayoría de los casos, puedo decirles: esto o aquello es de este o de aquel miembro de la Familia; esto otro es un elemento de la vida espiritual de este miembro o de aquella integrante de la Familia. Ésa es la secreta fuente de nuestra honda comunidad. Bien saben ustedes que, por lo común, no tengo tiempo para asuntos sociales, pero que, a pesar de ello, la fidelidad nunca ha tambaleado puesto que la vinculación interior ha estado basada en un fundamento muy firme.

Comunidad significa la consonancia de los corazones. Y si se puede decir que la Familia se caracteriza por una profunda comunidad interior de sus miembros, esa característica proviene, en su mayor parte, de que la mayoría ha contribuido con lo mejor de sí a la Familia en su conjunto. Y me permito pedirle a cada uno de ustedes que admita con honestidad y humildad ante sí mismo y, —si alguno no sabe de qué se trata, estoy gustosamente dispuesto a decírselo de forma privada— qué es lo que vive en la Familia a través de la sangre de su propio corazón.

Si quieren estarme agradecidos por alguna cosa, se tratará de que me he esforzado por asumir todo lo que estaba en desarrollo en ustedes, por abrirles una vía y, una vez que eso mismo pudo cobrar vida, en cierta medida también en la comunidad, proclamarlo

asimismo como consigna. Así podría decirles quién fue en aquel entonces el portador principal de nuestro movimiento misional. En efecto: como maestro de obras, mi labor de construcción era individualizada. Y cuando tomaba conocimiento de que algo sano estaba en desarrollo, me retiraba por completo porque pensaba: ya crecerá.

También podría decirles quiénes fueron los portadores principales cuando se fundó la organización externa. Reténganlo, pues: puede demostrarse que se ha tratado expresamente de su obra, que fue principalmente a través de su actividad que todo el aparato montado en tiempo de guerra, la *Congregatio Militaris*, fue transferido al tiempo de paz. Aquí tienen ustedes un ejemplo clásico: con toda intención no fui a Hoerde; tan seguro estaba de lo mismo que después se dio a partir de allí. Justamente, todo estaba preparado porque cada una de las almas se había compenetrado lentamente con la gran obra.

Mi querida Familia de Schoenstatt, permítanme pues, que, con alegría y gratitud y con justa razón, los haga destinatarios de los mismos himnos de gratitud que ustedes han entonado. Sé que, con esto, perfilo de forma muy general lo que me mueve a mí personalmente. Podría entonar un cántico de alabanza dirigido a todos aquellos que no han sido directamente aludidos en lo que he dicho hasta ahora. Pienso ahora en todos, también en la generación joven, en todos ustedes, que a través del capital de gracias, del enriquecimiento del capital de gracias, han sido, una y otra vez, los garantes de la Familia. Así como, desde el comienzo, mi ideal ha sido no hacer nada en la Familia en general sin mis colaboradores, sé que esa idea impregna todas mis acciones. Los otros órganos, con los cuales no tengo contacto, actúan también según la ley del "nada sin nosotros". La eternidad mostrará una vez cómo las almas más pequeñas y con menos apariencia de nuestra Familia, han aportado bienes sobre bienes, cómo, sin su vida heroica de sacrificio y de oración, la Familia, tal como es hoy, sería impen-

sable. Así es: nada sin ustedes. No sé a qué he de referirme todavía de forma especial.

Imagínense: nuestras Hermanas llevan ya diez años de vida sin leyes escritas y, con todo, se han desarrollado hasta abarcar vastos ámbitos de trabajo. ¿Cómo ha sido posible? Y si arrojan una mirada retrospectiva, hallarán que de los ideales originarios no se ha abandonado ni el más mínimo detalle. Sólo que las mayores de nuestras Hermanas han madurado tanto interiormente en los diez años transcurridos que, poco a poco, comprenden lo que diez años atrás establecimos como programa.

Puedo demostrar con exactitud en las Hermanas de María qué línea espiritual viene de qué Hermana. Cada una de ellas se redescubre a sí misma, descubre lo mejor de su alma en la Familia, en todo lo que queremos. Esto es una realización de pedagogía de ideales, de pedagogía de movimiento, de pedagogía anticipadora.

¿Y no consideran que, en este contexto, debería mencionar especialmente a los que trabajan conmigo allá arriba, en la Casa de Ejercicios? Sin su fidelidad me sería totalmente imposible asumir muchas otras ramificaciones de la labor. Miren, por favor, cuánta vida y cuánto espíritu parte de allá arriba y cómo cada uno se esfuerza en dar lo mejor de sí para la Familia.

Lo digo, pues, una vez más: todos los himnos de gratitud que ustedes han entonado, quisiera recogerlos y enviarlos hacia lo alto, a la Santísima Trinidad, para gloria de la Trinidad y para agradecimiento hacia ustedes.

No debo olvidar tampoco a nuestra creciente juventud. Esta mañana, al ver los sacrificios que ha ofrecido, pensé: ¡qué heroica esta juventud que se está desarrollando! Lo que han llegado a ser los viejos schoenstatianos debemos llegar a serlo nosotros. Schoenstatt no debe desarrollarse sin nosotros, tampoco sin nuestra juventud. Saludo, pues, con especial calidez, a nuestra juventud, a nuestra juventud femenina y masculina, que viene al asalto.

He recibido una carta de felicitaciones de nuestros estudiantes secundarios, y en ella resonaba toda el alma de la generación fundadora: “Queremos recoger el espíritu que vivieron los viejos schoenstattianos y llevarlo con ánimo de lucha a una nueva generación. Como símbolo vemos las tumbas de los congregantes héroes”.

También nuestra juventud femenina ha puesto manos a la obra. No sólo la generación mayor sino también la más joven, puede verse incorporada en mi agradecimiento. También ella celebra una pequeña porción de jubileo. Es su jubileo.

3. Pero también debo dar las gracias a los que aún no viven, a los que vendrán. ¿Qué ha de llegar a ser Schoenstatt si las generaciones venideras no fuesen captadas y penetradas por el mismo espíritu que nosotros? ¿No ha de seguir siendo para todos los tiempos una ley en la Familia, el que cada generación deba conquistar de nuevo Schoenstatt? Si este agradecimiento mío a los que aún no viven, a la generación venidera de los siglos siguientes, no adquiere una base de sustentación en el desarrollo supratemporal de los tiempos futuros, nos encontramos, en suma, ante las tumbas de nuestra Familia. Si Dios no despierta, en todo tiempo para nuestra Familia, hombres que aspiren con los mismos medios a los mismos fines y por el mismo camino, habremos construido una obra que es una mosca efímera, una obra sin duración perenne hasta el fin de los tiempos y para toda la eternidad. Pero yo espero que Dios, que nos ha protegido hasta ahora, y que la Santísima Virgen, que ha extendido hasta ahora con tanto amor las manos sobre la Familia, que ambos serán clementes y bondadosos y, por la fidelidad con la que nos hemos esforzado en traspasar a las generaciones venideras el bien que hemos heredado, nos regalarán, en todos los tiempos futuros, hombres que entreguen por Schoenstatt la sangre de su corazón. También a esas generaciones venideras quisiera agradecerles de corazón desde este lugar.

2.13. El P. Kentenich como acompañante espiritual

Texto tomado de: Apuntes a modo de crónica 1955, 480-482.

El P. Kentenich se dedicó ampliamente y desde el comienzo al acompañamiento espiritual. Ya en la época en que era director espiritual, en el Seminario Menor de los Pallottinos, en Schoenstatt, escribió muchas cartas. En una ocasión designa su actividad como un “trabajo silencioso de padre adoptivo”.²¹ Una costumbre interesante que practicaba era rezar al ángel de la guarda de una persona, cuando quería hablar con ella y no podía o no quería tomar él mismo la iniciativa. Según se dice, su oración era siempre escuchada. En muchos casos, la relación no se limita a cartas con buenos consejos. Así, por ejemplo, envía cigarros a un alumno en el frente, y se disculpa incluso por no poder enviarle unos de mejor calidad. O, en otro caso, el envío es de calcetines abrigados.

Ya en el primer tiempo dio a la habitual expresión “dirección espiritual” (Seelenführung) un nuevo contenido que corresponde al concepto de “acompañamiento espiritual”:

“El director espiritual es un sacerdote destinado por Dios para ayudar, durante un tiempo activamente y con ánimo paterno, a una persona determinada a reconocer y realizar, por iniciativa y motivación propias y de forma rápida y segura, su ideal personal”.²²

Después de la Primera Guerra mundial, cuando comenzó con el movimiento de sacerdotes, el P. Kentenich visitaba a los sacerdotes, en su mayoría jóvenes, en los lugares en los que desarrollaban su actividad.

²¹ Carta a Josef Fischer del 16-8-1916, *Briefsammlung [Epistolario]*, 39.

²² *Curso para directores espirituales* (1924), 12.

“¡Cuántas visitas hacía a nuestros sacerdotes al comienzo! Estaba con ellos, les ayudaba con la predicación y hacía de todo. Con ello se suscitó un torrente de vida”.²³

A muchos les enviaba saludos para su onomástico o cumpleaños. Tuvo una relación muy personal con la familia Engel. En los viajes a América Latina, visitaba a los parientes de las Hermanas de María y pasaba muchas horas con ellos. José Kentenich enseñó también a otros su modalidad de trabajo minucioso con las personas. José Engling fue un alumno especialmente dócil en este punto.

“La relación fundamental en el seno de la familia [...] fue constituida, se hizo viva y eficaz al comienzo a través del trato personal. Siempre llegó a ser una relación fundamental de persona a persona, una relación de carácter individual. En sí misma, en su profundidad y en su plasmación interior, tal relación siguió siendo también un secreto”.²⁴

José Kentenich recibía a menudo gran cantidad de correspondencia. Por ejemplo, durante la visita canónica episcopal en Schoenstatt, le escribían prácticamente todas las Hermanas que intervenían en el asunto. Y a muchas les respondía.

“Por lo demás, la correspondencia, mucha de la cual debo escribir a mano, me ocupa todo el día”.²⁵

Nadie podrá reunir esas cartas.

“Acabo de leer rápidamente –lo he hecho hoy mismo– todas las cartas que me han escrito ustedes en el último tiempo”.²⁶

²³ A su *Pars Motrix*, 2 (1965), 120.

²⁴ *Conferencias*, V (1966), 82.

²⁵ Carta del 7-11-1951 al P. Menningen, citada en H. M. Hug, *Fürchte dich nicht, rede nur, schweige nicht*, edición *pro manuscripto*, 848.

²⁶ Citado en A su *Pars Motrix*, 7 (1967), 8.

“Siempre estaba informado de todo y sabía siempre todo lo que estaba sucediendo”.²⁷

De ese modo, el P. Kentenich puede afirmar que ha vivido propiamente en las almas de las personas. Dice, además:

“Cuando hablo, tengo siempre ante mí y en mi interior a las personas”.²⁸

“De ese modo, casi de la noche a la mañana surgió en uno y otro interlocutor una maravillosa cercanía espiritual, abierta y generadora de apertura, que puede designarse como una excelente condición previa para la mutua transmisión de vida”.²⁹

“En mi vida no he hecho otra cosa en absoluto que vivir junto con mi gente. Nada más”.³⁰

Y el objetivo es:

“Para que puedan establecerse esas finísimas relaciones interiores, del alma”.³¹

Quien haya tenido la oportunidad de ver al P. Kentenich en Milwaukee, lo habrá experimentado sobre todo como un acompañante espiritual, cuya disposición de tiempo para cada persona parecía no tener fin. Yo mismo pude hablar de forma privada con él durante casi cuarenta horas. Y, en esas conversaciones, el tema fue siempre mi propia persona.

Por eso, cuando José Kentenich dice ocasionalmente que sólo pocas personas necesitan acompañamiento espiritual (los jóvenes, los enfermos psíquicos y las personas con gracias místicas), es

²⁷ Conversación del 19-5-1945 en Coblenza, citado en Hug, *Auf den Weg zum 31. Mai 1949. Äußerungen des Gründers aus den Jahren 1945-1949 [En camino hacia el 31 de mayo de 1949. Afirmaciones del Fundador en los años 1945-1949]*, Vallendar-Schönstatt: Patris Verlag, 1998, 120.

²⁸ *A su Pars Motrix*, 2 (1965), 223.

²⁹ *Estudio* 1960, 135.

³⁰ *A su Pars Motrix*, 2 (1965), 227.

³¹ *Ethos e ideal en la educación* (1931), 123.

preciso comprender de forma adecuada esa afirmación. También en este caso, nos encontramos ante una de sus aseveraciones extremas, que deben verse en su contexto. José Kentenich quiere advertir que, en muchos casos, una rica vida comunitaria es suficiente para el acompañamiento espiritual. Al mismo tiempo, quiere decir también que el acompañante espiritual no tiene que ser siempre el sacerdote. Ni mucho menos él mismo. Él acentúa fuertemente el acompañamiento espiritual por personas del mismo sexo.

Véase

Karl-Heinz Mengedodt (ed.), *Wegbegleitung. Geistliche Führung zu mündigem Christsein* [Acompañamiento en el camino. Dirección espiritual para ser cristiano de forma madura], Vallendar-Schönstatt: Patris Verlag, 1987.

Peter Locher, art. "Geistliche Begleitung", en: H. Branzen / H. King / L. Penners / G. Pollak / H. Schlosser / José Schmiedl / P. Wolf (ed.), *Schönstatt-Lexikon. Fakten – Ideen – Leben* [Diccionario enciclopédico de Schoenstatt. Hechos, ideas, vida], Vallendar-Schönstatt: Patris Verlag, 1996.

La siguiente manifestación autobiográfica del P. Kentenich tomada de los Apuntes a modo de Crónica del año 1955, puede servir como muestra y representación de todo lo que acabamos de insinuar en esta introducción.

A partir de las orientaciones para directores espirituales³² que se acaban de transmitir, y que han sido reproducidas aquí textualmente, no resulta difícil inferir cuáles eran los problemas espirituales que se planteaban y los estadios que vivían, en ese entonces, los que ya han muerto. Si bien las orientaciones señalan sin excepción en la misma dirección –hacia el ideal de la auténtica filialidad

³² En tiempos del P. Kentenich se solía utilizar todavía la expresión "director espiritual". También él la utilizaba. Pero, tal como hemos indicado arriba, él le dio desde el principio un contenido nuevo, el del acompañante espiritual.

y de la libertad de los hijos de Dios—, se ponen en lo concreto en dependencia del estado de alma y de las necesidades y problemas espirituales del interlocutor y los siguen cuidadosamente. Por eso, la conclusión que se extrae es más justificada que en otros casos, es bien fiable y resulta muy reveladora. (...)

A pesar de la fiabilidad de las fuentes con las que se cuenta, es lamentable que las numerosas cartas de la persona que ha planteado estas preguntas, no se hayan conservado. En la medida en que no fueron destruidas de inmediato, fueron más tarde víctimas de la Gestapo junto con montañas de otro material. Es decir: como la Gestapo me acechaba constantemente, consideré apropiado destruir todo el material escrito que hasta ese momento había conservado cuidadosamente, material que estaba relacionado con la rica y multiforme vida espiritual de quienes me estaban confiados. Ese material albergaba una riqueza inusualmente grande y permitía tomar un profundo conocimiento de la vida espiritual de los primeros hijos de la Familia de cualquier estado de vida, de cualquier sexo y cualquier edad.

Todos ellos, sin excepción, fueron conducidos con el mismo cuidado que la Hna. Emilie. Tan diferente como era en los distintos casos, la actitud y la estructura espiritual, tan variado como era el estadio de desarrollo, así de diferente y múltiple fue también la conducción, más allá del carácter inequívoco e invariable de las leyes de conducción en las que la misma se basaba. Ya a partir de las pocas orientaciones para directores espirituales, que se han transmitido más arriba, puede inferirse el gran cuidado que se puso en cada persona en particular. El tiempo no estaba aún maduro, en ese entonces, para la gran obra. Mejor dicho: las personas con las que se contaba no tenían aún la madurez deseada, ni mucho menos la tendencia unitaria que la obra requería. Así, cada persona individual debió ser preparada para ello a través de un largo camino. Tal vez pueda sospecharse qué ingente cantidad de trabajo minucioso estuvo vinculado a ello. No era posible dedicarse a las propias

ocupaciones predilectas: no había tiempo, oportunidad ni fuerzas para ello. A no ser que se designe directamente, como ocupación predilecta, el delicado cuidado por cada persona individual.

Destaco todo esto a fin de hacer comprensible el camino por el cual surgió la obra. Fue un camino largo, espinoso y caracterizado por el trabajo más minucioso. Reténgase lo siguiente: no han sido los grandes cursos dictados los que desempeñaron un papel exclusivo o principal en este proceso. Sin la dirección espiritual personal de tinte individual, poca importancia habrían tenido todos esos cursos, sin excepción. El conocimiento bastante preciso de la vida espiritual de los participantes y el constante contacto vivo señalaron la dirección a seguir en los cursos o, mejor dicho, en la elección de los temas y en las diferentes formulaciones. Ese mismo conocimiento y contacto aseguraron también la efectividad y fecundidad de todo ello.

Sólo después de que, tras años de actividad, se había creado lentamente una mentalidad y una atmósfera comunes entre las "islas volantes", de las diferentes ramas, y sólo después de que, al mismo tiempo, la creciente afluencia de participantes de todos los sectores a las jornadas hizo cada vez más difícil la cuidadosa atención individual, este personalísimo trabajo minucioso de cincelado, por parte del director de las jornadas, pudo pasar algo más a un segundo plano y ser confiado a otras personas llamadas a realizarlo. Digo con toda intención "algo más", puesto que la atención individual nunca fue abandonada del todo.

El método que se acaba de esbozar debería tenerse siempre de alguna manera a la vista como pauta orientadora. Si acaso, en alguna parte y de alguna manera, es aquí donde rige también la antigua ley que dice: "*omne regnum iisdem mediis continetur, quibus conditum est*".³³ Y realmente, este método ha comprobado hasta

³³ "Todo reino se mantiene por los mismos medios con los que fue fundado". Adagio de la Antigüedad romana muy citado por el P. Kentenich.

ahora sus bondades, también por todas partes en el extranjero. En los casos en que no sólo se presentaron grandes razonamientos en adaptación a la situación espiritual de los oyentes sino que, al mismo tiempo, se posibilitó y cultivó con cuidado el contacto más radicalmente personal con el alma de cada uno, la apuesta resultó exitosa. Y si faltó uno u otro de esos elementos, Schoenstatt siguió siendo una realidad fragmentaria, un intento fallido.